

Cultura a la contra

Contra todo

Dírase que no he muerto todavía; que aún me quedan aliento y ganas para seguir aguantando el horror cotidiano de los bares, de las cafeterías, de las calles y del tiempo. Hay sitios, sin embargo, que no aguanto demasiado: uno de ellos es un bar del barrio de Malasaña que se llama "La Vía Láctea", centro de "snobs" sin gracia que van allí a encontrarse unos con otros, a codearse —nunca mejor dicho, pues el local es muy estrecho y hay que andar por él a codazos— entre sí, sin ver a nadie más que a ellos mismos. Triste destino el de los "snobs" madrileños, a quienes también han concentrado en un "ghetto". Van a dejar, por imposibilidad, de ser "snobs", porque no van a tener a nadie a quien copiar; o tal vez a los chicos de Fuerza Nueva, cuya sede está muy cerca y que van a ser los únicos en ir ahí dentro de poco. Los demás nos estamos hartando de ese sitio con tan poca gracia, que además pone gorilas a la puerta para impedir la entrada a los supuestos "pasotas" —ahora se llama así a todo el mundo que no tiene pinta de oficinista—, y emplea la música como arma contundente, o sea, que pone mala música.

El barrio de Malasaña se hunde; lo quieren convertir en otra prolongación de la autodenominada "zona nacional", y es posible que lo consigan. Y ya está bien; ya está bien de no poder andar por la calle con tranquilidad, de tener que ir escurriéndose por las esquinas como si uno fuese un malhechor, por el solo hecho de no ir vestido como ellos; de no poder entrar en un bar, por miedo. Ya está bien de encontrarse por todas partes con alevines de asesinos, no sabemos si incontrolados o controladísimo por alguien.

Pero no es sólo el barrio de Malasaña; es toda la ciudad, la que se va convirtiendo en "zona nacional". Con una astutísima política, los fachas la van tomando barrio por barrio, en una especie de guerra de guerrillas. Y tampoco son tolerables los que hacen militancia de antifascismo y te confunden por cualquier cosa. No sé si estará bien o mal la guerra civil; pero, desde luego, a mí no me apetece nada vivirla.

Entre todo esto y que está llegando el invierno, cada día se siente más esa dificultad de ser de la que hablaban otros: nos dejan nuestros amigos e incluso nuestros enemigos ya no son lo que eran. Apetece irse a vivir a otro sitio, pero es que no lo hay; deberían descubrir un planeta habitable, para mandarnos a quienes ya no aguantamos más. O que nos metan en esos campos de concentración donde convertían en jabón a la gente. Pero, por favor, que no nos sigan haciendo aguantar esta vida invivible, este mundo cada vez más podrido —en el peor sentido de la palabra—; o que nos den tandas de electroshocks, a ver si así nos dejan idiotas del todo y no nos enteramos ya de nada. Porque esto no se puede aguantar: no se puede aguantar la tensión que se siente en todas partes, noche y día, la falta de simpatía y de amistad que rezuma el mundo entero, la bestialidad de la gente y su falta completa de solidaridad entre sí. Ya ni "ghettos" hay, donde pueda uno encerrarse fuera de la vida común, porque los han invadido o los minan desde dentro. Antes, había alguna cosa que estaba bien; algún amigo con quien charlar en la terraza de un café, alguna posibilidad de vivir con más o menos comodidad. Ahora, ya no hay nada; ni siquiera conversación. Y las que hay, son cada vez más sosas: sólo se habla de la ETA y de cosas así; igual, los periódicos, que ya no se pueden leer. Ni las revistas, de izquierdas o de derechas —término convencional que significa muy poco—, cada vez más aburridas. En fin, que el mundo está de pena, y que encima no hay otro. ■ EDUARDO HARO IBARS.

Los años transcurridos desde su filmación han podido convertir algunos de los pasajes de "La sal de la tierra" en menos violentos de lo que fueron. Sin embargo, la frescura de sus imágenes sigue cautivando a quienes no hayan perdido aún la sensibilidad de acercarse a retratos colectivos donde la dramaturgia dé paso al testimonio directo. La huelga de los mineros de Silver City (Nuevo México) dio pie a Biberman para expresar todos los posibles conflictos de una pequeña sociedad políticamente con-



Rosaura Revueltas, en "La sal de la tierra", de Herbert Biberman.

cienciada. De ahí que los premios recibidos por la película abarquen múltiples aspectos: desde la interpretación de Rosaura Revueltas (con lo que se avala su claro contenido feminista), hasta su carácter social reconocido por la católica Legión Mexicana de la Decencia.

Ante un clásico no caben consideraciones estéticas que querrán discutir ahora sus posibles anacronismos o insuficiencias. Importa mucho más llamar la atención sobre la existencia de la película en nuestras carteleras. Este reportaje vivo rompe la monotonía. Y el espectador español no está, desgraciadamente, acostumbrado a encontrarse todos los días con películas de la importancia de "La sal de la tierra". ■ D. G.

"Gigoló"

Además de la aparición de la bellísima Marlene Dietrich, de la también bellísima Kim Novak, de Curd Jürgens y del enorme actor que es David Bowie, esta película debe verse por muchas otras razones: es un canto a la dignidad perdida, al gesto del vencido que no tiene ya más que su derrota, y que ni siquiera la emplea como bandera. Por encima de la anécdota de una Alemania hundida al final de la guerra del 14, de un país que oscila entre la decadencia impuesta —que tan bien contó Maurice Dekobra, entre otros escritores llamados galantes— por los vencedores y un deseo de reafirmación nacional que acabaría con el gesto —gesto de vencidos, de nuevo, que se desean vencedores— tragicómico del nazismo, y con una nueva derrota; por encima de la cuestión alemana, está el análisis de una situación final y desesperanzada, la narración de cualquier fracaso: fracaso del protagonista-anti-héroe, encarnado por Bowie, que abandona sus sueños de gloria militar para convertirse en gigoló, porque no le queda otro remedio, y acaba irónicamente convertido en una especie de Horst Wessel, héroe después de muerto por un ideal en el que nunca había creído; fracaso del viejo militar, paralizado y estúpido; fracaso de la propia Marlene Dietrich, que canta con voz ya rota y hermosísima una canción de terrible desesperanza; fracaso de la revolucionaria, que acaba convertida en estrella de Hollywood y casada con un viejo príncipe ale-

David Bowie, en "Gigoló", de David Hemmings.

